



# Capítulo 1



La chica en la fotografía de Penny cobra vida en el espejo. Acaricio con los dedos las extensiones pelirrojas que me llegan a la cintura. Mi madre era peluquera, así que me pregunto qué diría si me viera así. Le hubiera encantado verme por fin huírle al negro, y sin flequillo. Ya lo detesto.

La puerta metálica traquetea cuando el tren toma una curva, yo me sostengo del lavabo para mantener el equilibrio.

Las gafas nuevas se hunden en mi nariz. Cassie Smith. Una chica rica y demasiado malcriada. Ya practiqué decir su nombre cientos de veces, hasta casi creer que es el mío, porque, si hay una ventaja que tienen los vampiros a la cual no soy inmune, es la habilidad para darse cuenta cuando alguien está mintiendo.

Por lo menos no me dirijo *a casa*. El tren no pasa ni cerca de Wishaw, donde vive lo que queda de mi familia. Ellos creen que estoy viviendo en los Estados Unidos ahora. Cada tanto, recibo sus mensajes, me preguntan cuándo iré a visitarlos. A veces, incluso, recuerdan mi cumpleaños.

Pero no hay lugar al que llamar *casa* cuando hay vampiros que destrazan tu mundo.

Regreso por el vagón de primera clase. Los asientos tienen mucho espacio para estirar las piernas, mi mesa está servida con un café en una taza de porcelana y un bollo con mantequilla. Me acomodo en el lugar y limpio mis gafas con la manga del suéter de cachemir. El paisaje toma una forma que alguna vez me resultó familiar: colinas oscuras con nubes bajas, pantanos y ovejas. El corazón me late tan rápido como en mis primeras misiones. Jamás pensé que volvería.



Las calles sombrías de Inverness están húmedas, las gaviotas se posan en todos los tejados. Cuando salgo de la pequeña estación, un automóvil negro me espera en el estacionamiento de la entrada. Una estatuilla dorada de un cuervo con las alas extendidas decora el capó. Las ventanas polarizadas están enmarcadas con el mismo color dorado. Penny me prometió que alguien vendría a recogerme, pero me advirtió que no sería un cazador como yo.

Recupero el aliento. En cuanto ponga un pie en ese auto, seré otra persona. Cassie Smith, a quien no le molesta la compañía de los vampiros.

—¿Señorita Smith? —El conductor baja del vehículo y me saluda con un gesto cortante. Lleva puesto un traje color crema sencillo, con un suéter de cuello alto blanco y un saco de lino. Es un humano, con rasgos que delatan su mortalidad y un cuerpo que no se convertirá en polvo cuando su corazón deje de latir. Es joven, quizá solo unos años mayor que yo.

—Cassie está bien —respondo, subiendo la maleta al baúl sin esperar a que él me ayude—. ¿Tynahine recoge a todos sus estudiantes?

Él se ríe, aunque no suena del todo natural. Desaparece por la parte delantera del auto y yo lo acompaño, ajusto mi cinturón de seguridad.

–La mayoría de nuestros alumnos llegan aquí en avión. Tenemos una pista de aterrizaje pequeña, por si desea traer su jet privado la próxima vez.

–Lo tendré en cuenta –digo, y examino su cuello en busca de mordeduras.

–A partir de mañana tendrá que ajustar sus horas de sueño –dice, sin apartar la vista del camino. Dejamos atrás la capital de las Tierras Altas, tomamos velocidad en la autopista y nos dirigimos hacia el sur.

–¿Sabes qué tipo de lugar es Tynahine? –pregunto. A nuestra derecha aparecen las aguas turbias del lago y desaparecen justo cuando altos árboles envuelven el camino, con sus troncos cubiertos de musgo y hojas marrones.

–Mi amo es profesor allí –dice–. Así que sí, sé bastante.

Su confesión me eriza la piel.

–¿Eres un familiar? –Intento sonar curiosa y no perturbada–. ¿Qué te llevó a elegir esa profesión?

–Quiero controlar mi propio destino –dice el sirviente. Mis labios se tensan y vuelvo a concentrarme en el paisaje–. ¿Entiendo que no le gustaría ser inmortal?

*Prefiero morir, pienso.*

–La inmortalidad no es lo mío –digo, intentando sonar tranquila–. Además, no sé si podría vivir sin ver la luz del sol. –Es la respuesta más inofensiva que se me ocurre y, dado el breve suspiro del familiar, parece que se la ha creído.

El bosque se vuelve denso y la carretera asfaltada se transforma en un camino de tierra.

–Hoy tendrá un día bastante tranquilo –rompe el silencio–. Solo una clase de bienvenida con los Decanos del Día y la Noche. Luego, el tiempo es suyo.

–Dijiste que tendré que ajustar mis horas de sueño –digo.

–Sería una buena idea. Sus clases de Integración son durante el día, con profesores humanos. Allí aprenderá todo lo que necesita saber para vivir en Vampiria. El resto de las clases –me mira de reojo– serán por la noche, con vampiros.

Me estremezco. El camino se oscurece a medida que los árboles forman un arco, dejando pasar solo unos rayos de sol dispersos.

–Hemos recibido algún que otro estudiante humano antes –dice–. Así que no se preocupe, su presencia no les sorprenderá demasiado.

–¿Por qué de repente hay tanto interés en admitir humanos? –pregunto. *Además de tener bolsas de sangre fresca al alcance, claro*–. Es decir, me alegra que lo hagan, pero me da intriga.

–En Tynahine, creemos que el conocimiento no debe guardarse bajo llave –dice. Sus palabras parecen ensayadas. Con una matrícula anual superior a lo que mis padres alguna vez tuvieron en sus cuentas bancarias, los vampiros, sin duda, tienen un concepto muy limitado de quiénes pueden acceder a *sus conocimientos*.

El camino de tierra vuelve a nivelarse y recuesto la cabeza en la ventana. Un sendero de ladrillos rojos asciende hasta una imponente reja de hierro forjado, con una cerca alta cubierta de hiedra a cada lado.

Será una misión rápida, me digo a mí misma. Robar un libro y salir. Tynahine tiene ocho bibliotecas oficiales, pero, según Penny, hay una novena, escondida. En algún lugar, oculto en los pasadizos subterráneos del campus, hay una colección secreta de libros, prohibidos durante siglos y acumulando polvo. Y entre ellos, el *Libro de sangre y rosas*.

De reojo, alcanzo a ver dos palabras que cubren la entrada: SEAN BIENVENIDOS. Las rejas se abren con un crujido, removiendo las hojas que estaban caídas.

No tienen idea a quién están dejando entrar.



Entre los árboles comienzan a aparecer casas de piedra. A lo lejos, distingo un puente gris que cruza lo que supongo que es el río de Tynahine.

–Ese es el río Negro –dice el familiar–. Pero Tynahine se fundó mucho antes de que el río tuviera un nombre. A este lugar lo llamaban “*an taigh ri taobh na h-aibhne*”, “la casa junto al río”. Luego lo acortaron a “*Taigh na h-Aibhne*”, “la casa del río”, antes de ser adaptado y derivar en el nombre que conocemos hoy.

–¿Por qué lo llamaban “la casa”? –pregunto, mientras los edificios duplican su tamaño. Por la medida de los ladrillos y el color oscuro entre ellos, puedo deducir que todos tienen siglos de antigüedad. Algunos tienen columnas grandes y torcidas, otros están cubiertos por completo de hiedra, con hojas que van del color salmón al violeta oscuro.

–Seguro los primeros académicos se referían al antiguo pabellón de caza al otro lado del río. –Reduce la velocidad cuando las calles empedradas entre los edificios se vuelven más angostas. Distingo una plaza amplia con una fuente en el centro, rodeada por una arboleda de sauces con sus ramas casi desnudas. No me indica dónde está el pabellón de caza. En cambio, me entrega un mapa y una llave vieja y oxidada–. Su habitación es la 904, en el edificio Tynarrich.

Bajo del coche y siento como el aire fresco me pellizca las mejillas. Las hojas caídas crujen bajo mis botas nuevas, saco mi maleta del baúl.

–Suba esa colina y atravesie el bosque de pinos –agrega.

El familiar desaparece antes de que pueda agradecerle.



El aire húmedo es tan fresco que me pica en la nariz. Después de pasar cuatro años en Londres, sé que debería disfrutar de este aroma dulce, pero no estoy aquí para limpiar mis pulmones.

Mi carta de admisión, dentro del sobre negro que Penny me dio luego de la última misión, estaba llena de imágenes del campus, pero ninguna le hace justicia. La mayoría de los edificios se agrupan en el punto más profundo del valle, excepto Tynarrich. Distingo la imponente silueta de mi residencia en el extremo izquierdo, separada por un bosque de pinos escarpado, justo como lo prometió el familiar. Es uno de los edificios más antiguos, una austera fortaleza de arenisca con ventanas pequeñas.

Camino por el bosque y me detengo justo delante de las puertas de madera. Un letrero en el arco de piedra dice *TAIGH NAN NATHRAICHEAN* y debajo, en español, EDIFICIO TYNARRICH. Al ingresar, me encuentro con el salón de entrada tranquilo y silencioso. No hay ni un solo vampiro a la vista. Una chimenea encendida junto a unos estantes con libros. Contemplo el techo abovedado, con candelabros que cuelgan de cada arco. Las ventanas pequeñas tienen postigos y unas cortinas pesadas que no dejan pasar ni un solo rayo de luz.

Las ruedas de mi maleta están cubiertas de lodo y ensucian una alfombra que, si no fuera por eso, estaría inmaculada. Me detengo frente a una escalera caracol con una baranda en color dorado, miro hacia arriba. Las paredes están cubiertas con retratos de antiguos aristócratas. Mi habitación, la 904, queda en el noveno piso. Fijo la mirada en la escalera, calculando la distancia. *Definitivamente no.*

Retrocedo hasta la acogedora biblioteca y encuentro un elevador entre dos estanterías. Juego con la manija de mi maleta mientras que el ascensor sube por el edificio viejo. ¿Con cuántas sanguijuelas compartiré este lugar? Trago con dificultad e intento calmar mi respiración. El

suelo del elevador es negro, tan oscuro como para que el polvo que deja el cadáver de un vampiro se camufle, en caso de que, por accidente, matara a alguien aquí. *Ah, ojalá.*

El noveno piso tiene el techo bajo, color verde oscuro. Las paredes están rodeadas de faroles que emiten una luz cálida. Doblo en dos esquinas antes de encontrar la 904. Saco la vieja llave que me entregó el familiar, con una serpiente enroscada en el mango, y la introduzco en la cerradura, igual de vieja. Al escuchar un *clic*, empujo para abrir.

Busco el interruptor de la luz en la pared y lo enciendo, luego apoyo la espalda contra la puerta y respiro. Aquí estoy a salvo.

La habitación es antigua pero acogedora. Hay una cama individual, con una estructura ornamentada y cortinas rojas de terciopelo con borlas doradas. Al igual que en la planta baja, hay un candelabro con cristales y telarañas. Me estremezo al verlo. Hay algo muy *vampírico* en la decoración, aunque los vampiros no duermen en camas. Hay un escritorio de madera frente a una ventana con los postigos cerrados y un armario angosto al costado. La pared de la derecha está cubierta por cortinas negras. *Una elección interesante*, pienso.

Desabrocho las hebillas de mi maleta y saco la ropa, o más bien la ropa de *Cassie Smith*. Cassie usa faldas de pana y blusas holgadas, a diferencia de mi uniforme todo negro. Después, saco los libros. *La historia del vampiro moderno*, de Into Attila, y *Una introducción a los tratados de 1912*, de Andrea Ceretti. Pero bajo las pertenencias normales de una estudiante de posgrado de veintidós años hay un panel de madera negro. Y debajo de ese falso fondo, una capa de tela traslúcida llamada *zia*, que oculta los objetos de plata de las máquinas de rayos X y los detectores de metales. Levanto la tela y mi corazón acelerado se calma al verlos.

Un arco plegado y veinte flechas con punta de plata. Tres estacas de madera. Un arma y una docena de balas de plata. Una máscara blanca.

Dos cruces. Un reloj con una hoja de plata doblada en su interior. Mi nombre, Rebecca Charity, está grabado en las estacas.

Justo cuando ajusto el reloj en mi muñeca, veo un frasco con suplementos en la esquina de la maleta, los que debería haber tomado anoche. Las píldoras tienen una concentración muy alta de alicina, el compuesto principal del ajo. Mi corazón se acelera. *Mierda*. Si tan solo una sanguijuela huele mi sangre, será el fin. Seré un blanco inmediato para todos los monstruos hambrientos que acechan en las sombras.

Trago dos, por si acaso. Tardarán una hora en hacer efecto, pero no debería pasarme nada. Después de todo, los chupasangres duermen durante el día.

Veo un cartel en la pared junto a mi escritorio, con una lista de artículos prohibidos.

Lo primero es el ajo. Es curioso que no se mencionen las estacas, pero asumo que en Tynahine no esperan tener una cazadora entre ellos. Miro el reloj. Mi rango, Iniciada, está grabado en el cuero. Por lo general, verlo me hace fruncir el ceño, pero ya no. Una vez que complete esta misión, dejaré atrás el rango más bajo de Calisto.

No tengo idea cómo Penny conseguirá que me asciendan al nivel más alto de nuestra organización. Por lo general, una cazadora tarda uno o dos años en pasar de Iniciada a Devota. Las Devotas pueden vivir en el cuartel general de Calisto, en vez de en la base satelital en la que estoy yo, y reciben un entrenamiento más avanzado. Luego tardan otros cuatro o cinco años en alcanzar el rango de Consagrada. Las Consagradas tienen acceso completo al armamento de Calisto y a los tres primeros niveles de los archivos. Los otros cuatro niveles son exclusivos para las Supremas. Las Supremas también pueden formar equipos y elegir sus propias misiones, además de reclutar subordinadas, como hizo Penny conmigo.

Mi teléfono suena antes de que pueda investigar el resto de la habitación. La clase de bienvenida es en diez minutos y el edificio de Humanidades queda al otro lado del campus.

—Maldita sea —digo, mientras hurgo entre mis armas. Me decido por la estaca y la guardo en el bolso de cuero. Cierro la maleta y la empujo debajo de la cama.

Corro por el bosque de pinos con los pies doloridos por las botas de cuero marrón que Penny me compró, me llegan hasta la rodilla y tienen agujetas color verde oscuro. Todas las prendas del armario de Cassie, desde los botones hasta los camisones, las eligió ella. Y, al igual que mi uniforme negro habitual, cada prenda tiene muchos bolsillos secretos para esconder una o dos armas. Las botas en cuestión tienen fundas ocultas detrás de las agujetas, ideales para un par de dagas largas.

El edificio de Humanidades está situado a orillas del río. Hay columnas que bordean el exterior, con grietas en los lados, llenas de enredaderas y musgo. Las ventanas grandes y arqueadas están tapiadas para proteger a los monstruos que acechan en el interior. Respiro antes de abrir la pesada puerta de madera, tan gruesa como el tronco de un árbol. En el interior, encuentro la misma luz de velas que había en Tynarrich.

El familiar había dicho que los Decanos del Día y de la Noche darían la primera clase. Uno de ellos es un vampiro. Dudo frente a la entrada de la sala más grande y trago nerviosa. Existe la posibilidad de entrar aquí y encontrarme rodeada de sanguijuelas. Y teniendo en cuenta que el ajo aún no ha hecho efecto, quizá tenga que matar a mis compañeros antes de lo que esperaba. Pero el familiar también me aseguró que las clases durante el día eran solo para humanos.

Entro y mis ojos se abren de par en par. El techo abovedado es color rojo sangre y del centro cuelga una réplica del sistema solar, con todos los planetas bañados en oro y orbitando alrededor del sol. También

están todas las lunas de los planetas. Entre ellas está Calisto, la que Catherine Lovelace eligió para nombrar a nuestra organización. No sé por qué optó por una cazadora menos conocida, en vez de Artemisa.

No veo ningún cable que mantenga las esferas en su lugar y la universidad, al percibir mis preguntas, me ofrece una respuesta: una placa pequeña junto a la puerta demuestra que la estructura móvil es una combinación de hierro, oro y una variedad de imanes.

Bajo rápido las escaleras hasta uno de los bancos curvos, dejo mi bolso en el espacio que hay junto a mí y coloco mi abrigo al otro lado. Por suerte nadie me dice nada, así que yo también me quedo callada y observo a mis compañeros tranquila. Penny me dijo que durante esta primera ronda de admisiones habían aceptado a doscientos humanos, aunque esperan duplicar esa cifra en los próximos años.

Un humano tiene uno de dos roles viables (legales) en Vampiria. Puede ser un familiar o un embajador del Consejo. Ambos son, en esencia, sirvientes de los chupasangres. A primera vista, me cuesta distinguir qué rol prefieren mis compañeros de clase. Cuando Penny me introdujo a Cassie por primera vez, dijo que, si alguien me preguntaba, debía decir que me gustaría trabajar en el Departamento de Ética del Consejo. No estoy segura de cómo una maestría en Estudios Vampíricos Modernos me ayudará a conseguirlo.

Todavía recuerdo cuando me aceptaron en Strathclyde, cuatro años atrás. Iba a ser la primera de la familia en ir a la universidad. Iba a ser doctora. Había intentado entrar en Glasgow y en Edimburgo, pero no lo logré. Aun así, Strathclyde era una buena opción para mí. Mis padres me llevaron a cenar para celebrarlo.

Un mes después, murieron.

Dos figuras entran en la sala por un sector inferior. Solo ahora veo lo que hay debajo del estrado. Una pizarra grande color esmeralda con

la frase “*Fàilte gu Oilthigh Taigh na h-Aibhne*” escrita, que ocupa la mitad del espacio. Teniendo en cuenta que mi conocimiento del gaélico comienza y termina con *fàilte* y *slàinte*, realmente espero que la clase sea en español. Pero vuelvo a concentrarme cuando veo al hombre vestido todo de negro. El Decano de la Noche, asumo.

Un vampiro.

Ninguno de los humanos a mi alrededor parece muy preocupado por su presencia. La Decana del Día, una mujer casi de la misma edad que Penny, vestida de blanco, rompe con el murmullo que llenaba la sala.

–Creo que podemos comenzar –dice, y voltea hacia el chupasangre, que extiende su mano fantasmal, privada de la luz del sol. No puedo mirarlo. *Actúa normal*–. ¡Es un placer darles la bienvenida a todos a la Universidad de Tynahine! Su llegada ha sido un proyecto apasionante para el cual nuestro maravilloso Decano de la Noche, Fausto Nocht, ha estado trabajando por... ¿Cuánto tiempo?

–¿Ciento cinco años, tal vez? –Su voz intensa tiene un acento. Del continente, pero no logro identificarlo.

–Tuvimos que asegurarnos la máxima seguridad tanto para los estudiantes humanos como para los vampiros –continúa la mujer–. Y tengo el placer de decir que todos ustedes han sido elegidos para formar parte de la primera promoción de muchas, espero, que demostrará que nuestras especies pueden convivir y, más importante, *estudiar* juntas.

*¿Seguridad?* Pienso en las armas debajo de mi cama. La estaca en mi bolso. La hoja en mi reloj. Yo estoy segura, eso seguro.

–Me gustaría animarlos a todos a hacerse amigos de los estudiantes vampiros de Tynahine. Descubrirán que no son tan diferentes. Impulsados, como todos ustedes, por la búsqueda del conocimiento. Comparten el interés por las artes, la música, ¡incluso el cine! La única excepción, por supuesto, es la comida.

Ante esto, una risita recorre la multitud y yo esbozo una sonrisa forzada mientras juego con mi bolígrafo.

–Hablando de eso –interviene el vampiro Fausto Nocth–, todos nuestros estudiantes cumplen con los tratados de 1912. Bebemos sangre sintética. –Saca una botella llena de un líquido espeso color carmesí. Se me revuelve el estómago al verlo–. Lo que sí les pedimos es que, al igual que nuestros estudiantes inmortales, se abstengan de hacer cualquier cosa que pueda dañar a los demás. En sus habitaciones hay una lista completa con las debilidades de los vampiros, pero, como norma general, intenten no andar con cruces por el campus y no rezar delante de los vampiros. Y me temo que aquellos de ustedes a los que les gusta el ajo no lo encontrarán en nuestras cocinas.

Si los estudiantes aquí de verdad beben sangre sintética, no tendrán que preocuparse por la sustancia química que fluye por mis venas ahora. Fausto Nocth no para de hablar sobre qué otras cosas se deben evitar. Tendré que pedirle información sobre él a Penny más tarde.

El discurso autocomplaciente por fin termina. A un estudiante que está a dos asientos de mí se le cae un cuaderno grueso. Él maldice en francés y yo me agacho para recogerlo. El chico llama mucho la atención, con ojos grandes, piel morena clara y barba de hace un día. Puedo sentir el aroma a ylang-ylang en su cabello y, cuando me devuelve la mirada, hay un momento de vacilación, como si estuviera evaluándome.

–Gracias –dice, y toma el cuaderno. Asiento con la cabeza y, justo antes de poder alejarme, agrega–: Soy Stephan.

–Cassie. –No tengo tiempo para hacer amigos. Pero al mirar a mi alrededor, veo que los demás estudiantes han empezado a reunirse en pequeños grupos. Si me quedo sola, puede que llame más la atención.

–¿Es tu primera vez en Tynahine? –pregunta, siguiéndome al salir de la fila de asientos. Miro a los decanos, ambos muy concentrados

en su conversación. Si sospechan que una cazadora de vampiros se ha infiltrado en su querida universidad, no lo han demostrado. Al menos, no todavía.

–¿No es la primera vez de todos? –respondo.

–He venido un par de veces de visita –dice–. Mi novia estudia aquí. Aprieto la mandíbula al escuchar esas palabras.

–Tu novia es... –Despejo mi garganta–. ¿Una vampira?

–¿Tienes algún problema con eso? –dice, entrecerrando los ojos. Quizá mi disgusto es demasiado evidente.

–No –respondo rápido–. Claro que no. Es decir, si se aman, eso es lo que importa, ¿no? –Me dan náuseas. Pero este es el tipo de tonterías en las que cree Cassie Smith.

Sonríe y me da un golpecito en la espalda. Salimos del auditorio y veo al resto de los humanos. El pasillo amplio, con techos arqueados, está demasiado ruidoso. Este lugar podría parecer una universidad normal si no fuese por las ventanas cerradas que ocultan la luz del sol.

–Ife, mi novia, está en la biblioteca –dice Stephan–. ¿Quieres conocerla?

Ha pasado más de una hora desde que tomé mis suplementos. Y aunque preferiría hacer cualquier cosa antes que conocer una sanguijuela, el olor de mi sangre ya debe ser menos intenso.

–Claro –digo–. ¿Qué biblioteca?

–Kinsnet –dice. Salimos al parque que rodea el edificio, el cielo gris amenaza con llover. Supongo que el Decano de la Noche usa los túneles subterráneos para moverse.

–¿No es un poco temprano para una vampira? –pregunto. Siento cómo el aire húmedo se filtra por debajo del cuello de mi abrigo.

–Nos adaptamos –dice él–. Además, los vampiros no duermen tanto como nosotros. Cuatro horas son suficientes para ellos.

Los otros edificios ya deben estar plagados de sanguijuelas. Recorremos las calles empedradas del campus, pasando por cafeterías y bares, que hace poco han comenzado a vender algo más que sangre.

Stephan tiene veintiún años, uno menos que yo, y estudia Física. Hasta el año pasado, estaba en la Sorbonne, pero tan pronto como Ife le comentó que en Tynahine estaban aceptando estudiantes humanos, aprovechó la oportunidad.

—¡Guau! —digo, aunque no quería decirlo en voz alta. Él no se ofende, al contrario, se ríe. Parece una persona decente, es una lástima.

—¿Por qué estás tú aquí? —pregunta. Se detiene de nuevo, esta vez para comprar un café para llevar. Por la supuesta integración en la universidad, han abierto varios establecimientos en el campus. Pide un expreso para él, luego asiento con la cabeza y compra uno para mí también.

—Mi familia ha trabajado con vampiros durante siglos —digo—. Siempre me ha interesado este mundo. Y será interesante escuchar qué tienen para decir los vampiros sobre la historia.

Termina su café de un solo trago y luego se pone a analizar el vaso descartable, de color marrón oscuro con el escudo de la universidad impreso. Una rosa y un libro, envueltos en una gota de sangre, con tres palabras en gaélico en el medio. *LORG IS MEÒMHRAICH*.

—Hay campos del conocimiento a los que solo los vampiros tienen acceso —dice—. Existen científicos que han vivido durante siglos, que descubrieron verdades mucho antes que los humanos, pero cuyas obras se han mantenido en la oscuridad. Y artistas también —continúa, sin dejar de analizar el vaso—. Hay obras maestras colgadas en las paredes de esta universidad que, en otras circunstancias, estarían en las salas más concurridas del Louvre.

Hago todo lo posible por fingir interés, pero me importan muy poco las supuestas obras maestras de Vampiria. Sigo a Stephan por el

campus hasta llegar a la más grande de las ocho bibliotecas. Kinsnet es un enorme edificio abovedado, con un campanario y estatuas junto a las puertas de madera maciza. Mientras la contemplamos, me cuenta que la biblioteca se llama así por Harriet Kinsnettle, una de las fundadoras de Tynahine. Siento cómo el viento húmedo empuja la lluvia contra mi espalda, respiro hondo y me obligo a mantener la calma.

–No sé cómo son los vampiros que conoces, pero te aseguro que los alumnos de Tynahine son mucho mejores –dice, apretando mis hombros, debe haber notado mi intranquilidad.

Stephan abre la puerta de la biblioteca y yo acaricio la correa de cuero de mi reloj. En cuanto levanto la vista, mi miedo inicial desaparece. Cinco pisos repletos de libros llenan el espacio, escaleras caracol con barandas doradas y escalerillas de madera que llegan hasta arriba. El techo abovedado y azul tiene una constelación pintada sobre él en color dorado, con querubines sosteniendo las estrellas. El salón principal tiene cien mesas, todas ellas llenas de estudiantes con sus narices metidas en los libros y, por un segundo, olvido que no son humanos.

–Ah, allí está –susurra, mirando al otro lado del enorme salón. Note cómo el calor tiñe sus mejillas mientras sigo su mirada y la veo a ella. Tiene las rastas recogidas con un pañuelo rosa para el cabello y algunas, sueltas, enmarcan su rostro redondo. Lleva puesto lo que parece ser un suéter tejido a mano en color rosa pastel y verde, sobre una falda de jean. Cuando se detiene junto a nosotros, sus ojos no se vuelven color carmesí, gran sorpresa. Sin duda, el ajo está funcionando.

Toco la correa de mi reloj y esbozo una sonrisa forzada. Stephan pasa un brazo por sus hombros, le da un beso al costado de la cabeza y luego gira hacia mí.

–Cassie, te presento a Ife. Ife, te presento a Cassie.

–Veo que no has perdido el tiempo en hacer amigos –dice la

vampira, mostrándome los colmillos mientras sonrío. Su voz es dulce y ella es muy hermosa. Pero las más bonitas suelen ser las más peligrosas.

Ife mira el vaso descartable, ahora vacío, de Stephan y observa el emblema de la universidad.

–*Lorg is Meòmhraich* –dice–. “Busca tu reflejo”. Es gracioso, considerando que los vampiros no tienen reflejo, ¿no les parece?

–Los fundadores de Tynahine seguro tenían sentido del humor –digo, mirando hacia el techo. Esas dos palabras están grabadas en un arco. Todos los estudiantes que nos rodean están mirándome, aunque parecen más bien curiosos que sedientos.

–Creo que voy a explorar un poco –digo, con las mejillas doloridas de tanto sonreír–. ¿Nos vemos luego?

–Ven a cenar con nosotros mañana –dice Ife, antes de que yo pueda huir–. Prometo no morderte.

*Puedo hacerlo.*

–Claro –respondo. Cuando por fin me alejo de ellos, tomo la primera escalera que veo. Seguro notaron mi incomodidad o cómo se aceleraba mi corazón. No puedo quitarme de encima el asco. Stephan podría haber elegido cualquier estilo de vida. Todo aquel que pueda pagar Tynahine puede hacerlo.

En cambio, está echándolo todo a perder por una vampira.



No sé por dónde empezar. La sección de historia, en el cuarto piso, está demasiado concurrida. Busco libros sobre los fundadores de Tynahine, con la esperanza de encontrar algún tipo de mapa de los túneles subterráneos del campus, pero me distraigo. Kinsnet tiene manuscritos que supuestamente se quemaron en el incendio de Alejandría, con sus

pergaminos intactos y completos. Incluso está la poesía de Safo, los tomos completos, una fuente de literatura perdida.

Paso demasiado tiempo mirando los lomos de los libros, saco un volumen tras otro, hasta que casi olvido donde estoy. Me inclino sobre la baranda en la parte más alta de los cinco pisos. Ife no es la única sanguijuela en la biblioteca. Mis músculos se tensan, mi cuerpo recuerda mi postura natural. Ha caído la noche.

He estado antes entre grandes multitudes de vampiros. Cien o más, con las muñecas atadas, haciéndome la víctima. Siempre salí con vida. Tynahine tiene un alumnado de doscientos humanos recién admitidos y tres mil vampiros. Y los tres mil, según Stephan, *se comportan bien*.

—No... —protesta una voz. Siento cómo mis manos se tensan sobre la baranda dorada. Miro fijo el laberinto de estanterías, tratando de localizar el origen de la voz.

—Muerde...

Mi corazón se acelera. No se atreverían. No en público. Tiro del cierre de mi reloj, tocando el metal frío de la cadena que hay dentro. Me superan en número. Ya lo sabía, pero *siempre* me superan. Y ningún vampiro que se haya enfrentado a mí ha vivido para contarlo.

—¡Más rápido! —grita la misma voz mientras me deslizo entre dos filas de estanterías. Ahora escucho un ruido, una especie de forcejeo y algo húmedo. Frunzo el ceño antes de darme cuenta de qué estoy escuchando.

—¡Mierda! Muérdeme, ¡maldita sea! —protesta la voz aguda y quejosa.

Tiro de mi reloj, saco la cadena de plata y le doy un golpe en el aire hasta que se endurece y toma la forma de una hoja. Los vampiros no beben, *no pueden* beber de alguien sin su consentimiento. Pero eso no les importa si pueden hipnotizar a sus víctimas.

—Mi turno, ¿puedo morderte? —dice la misma voz, justo cuando paso a la fila de atrás, con la hoja lista.

–No, mancharás mi camisa –responde una voz más grave y jadeante.

*Dos vampiras*, me doy cuenta, mirando los libros. *¿Qué carajo?* Apenas alcanzo a distinguir sus sombras, contra la vitrina, la respiración entrecortada.

–Además, tenemos compañía –agrega la misma voz grave.

*Mierda.*

El corazón me late demasiado rápido. Solo entonces me doy cuenta de que estoy demasiado cerca de ellas, dentro del radio de cinco metros en el que un vampiro puede escuchar el corazón de un humano. Tengo que alejarme, rápido.

Bajo las escaleras evitando el contacto visual. Nadie salió herido. Así que todo está bien. Podría haber sido peor. Podría haber visto sus caras, ellas podrían haber visto la mía. Si no hubiera tomado el ajo, el olor de mi sangre sin duda habría causado alguna sospecha.

Echo un vistazo a la planta baja. Ifé y Stephan se fueron, pero, para mi sorpresa, varios de los estudiantes que están sentados en las mesas son humanos. Algunos incluso me sonrían con simpatía. Como si ellos también acabaran de escuchar a dos chupasangres en plena acción.

Y no sé por qué lo hago, pero miro hacia arriba.

Mi mente dice que solo quiero dar una última mirada a la bóveda pintada, a las cadenas doradas de estrellas que llevan los querubines. Pero no es ahí donde fijo la mirada. Miro la baranda del quinto piso y la veo, justo en el lugar donde estaba yo.

Está vestida de negro de pies a cabeza, por lo que su cabello blanco, corto y alborotado, destaca aún más. Llama la atención. No se parece a ninguna vampira que haya visto antes, con esa piel clara y los ojos negros que, de alguna manera, parecen atravesarme. Y, a pesar de estar tan lejos, puedo ver la sonrisa burlona que se dibuja en sus labios manchados de sangre.



Regreso al edificio Tynarrich aturdida. El rostro de esa sanguijuela ya está grabado en mi mente y quiero borrarlo. Quiero que Penny me llame, pero no puedo mostrar signos de debilidad en mi primera noche. Ese no es el tipo de cazadora que ella entrenó. No puedo fallar cuando el ascenso está tan cerca.

Ya extraño mi habitación angosta en nuestra base satelital, una celda de piedra que alguna vez fue habitada por una monja, junto al refectorio. Pero cuando encuentro la puerta a la 904, comienzo a relajar los músculos. Por lo menos aquí estoy a salvo. Enciendo la luz y suelto un suspiro de alivio, que se rompe enseguida al ver lo que tengo delante.

Mi habitación, que tenía muchas cortinas, ha duplicado su tamaño. La pared del lado derecho, que la última vez que la vi estaba adornada con cortinas negras, ha desaparecido.

Me quedo inmóvil, sin aire en los pulmones.

*No puede ser*, pienso. Pero mis ojos no me engañan.

Del lado derecho de la habitación, en frente a la cama, hay un ataúd.